

LA VERDADERA

Por Alfredo LEAL CORTES

AQUELLA humedad de la estrecha celda entumecía los pies, adentrábase sin sentir, apoderándose de los dedos, del tobillo, y al poco tiempo los dos presos sacudían furiosamente las extremidades; se levantaban a dar dos o tres vueltas, procurando permanecer cerca de la pared uno, mientras el otro daba cortos pasos.

Los habían metido hacía muchas horas, no sabían cuántas; en la parroquia llamaban a misa mayor cuando por el cerro los bajaron amarrados de los brazos en medio de cuarenta soldados.

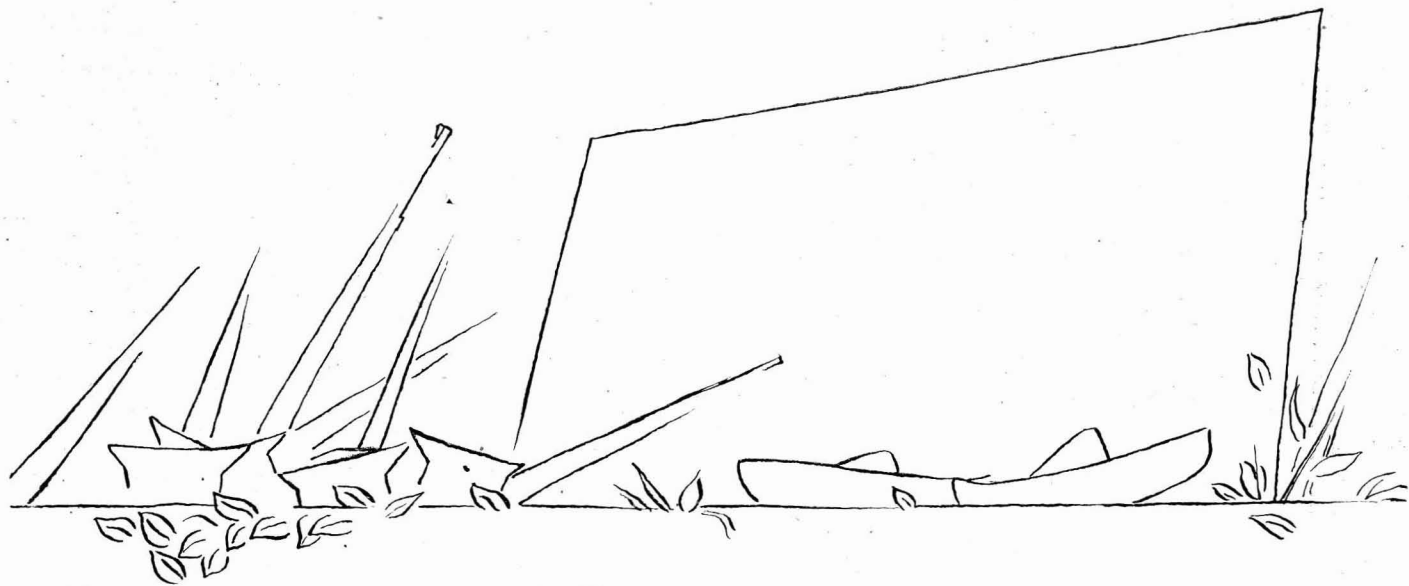
—No sé nada.

—Conque no, ¿eh?... A ver tú Cipriano, ya sabes, pásale la riata por la entrepierna y hazle un columpio—. Y la voz se alegró.

La reata al ser pasada con fuerza en la viga apollillada rechinó, girtó con furia su canto ladino y chirriante de poderosa fuerza: parecía alegre de ser atirantada, desentumida; al jalarla y templarla la mano del soldado, zumbaba de fuerza, vibrante de odio.

Comenzó el sudor a correr en la piel

Florencio abrió los ojos, no distinguió nada y los volvió a cerrar. "Felipe, traite las vacas al corral... Mira la milpa, si aprovechamos l'agua levantamos mucho maíz... Vaya, ya ves, la Virgen siempre nos hace el milagro, sino fuera por Ella no te habías mejorado; le prometí una vela de cera muy gruesa, la más gorda que encuentre... No, si, no, no llega l'agua, ¿qué haremos? A sacar la Virgen... Se ve bonita la procesión... que no se olviden del violín... Los cohetes, deben traer una gruesa cuando menos... Debe haber muchos que truenen recio paque la Virgen sepa de quién son... No, si, no, empezamos por el llano y terminamos por el cerro. ¡Bueno! valió la cansada, mañana tendremos agua, la Virgen nunca nos falla... No te apures, gastamos nuestros centavitos, pero tú crees, la Virgen necesita sacrificios pa que vea q'uno hace fuerzas de serle devoto. No, si, no. ¡No! vieja, no puede



Dibujos de Julio Vidrio.

—¡Florencio, Florencio!

El grito retumbó en la celda y Florencio, suavemente, siguiendo los mismos movimientos que cuando lo llamaba su mujer para cenar, se levantó, hasta acercarse a la cancela.

—A declarar, prontito.

Se abrió la reja. La oscuridad del pasillo lo hacía ver prolongadamente largo. Un viento frío le dió en la cara. Florencio aspiró —impulsado por la costumbre— tratando de recordar el aire fresco de la montaña, pero este viento era pegajoso, lleno de una humedad que sabía a paredes viejas.

—¿Conque este es el padre, eh...? Vamos a ver. ¿Cómo te llamas e...?

—Florencio Verduzco.

—¿Onde tienes las armas?

—¿Cuáles armas?

—No te hagas del p... porque te va pior, beato persignado... ¡Habla!

de Florencio. Una, dos, tres veces, su sexo gritó humillado y dolido. Fué un dolor horrible; toda su carne comprimíase, mientras en la entraña, en la sangre, caminaba rápida la dolencia, desquebrajando la voluntad. La lengua entumida, la garganta seca; un abandono caía sobre todo su cuerpo para despertar más herido sobre el dolor...

—¿Habló?

—Nada, jefe.

—Pa no perder tiempo, al rato, más noche, me los truenan. Si hablan me los dejas ir con la lengua mocha, si no los entierras sin miramientos.

Todo era más oscuro. Felipe había puesto la cabeza de su padre sobre sus piernas y oía que la agitada respiración inundaba la celda, devolviendo el eco, monótonamente, un sonido semejante a un fuelle roto. A veces, los labios de Florencio se movían para luego cerrarse en un prolongado temblor.

fallar la Virgen, ya verás, aluego tendremos agua... ¡No te lo dije! ¡No podía quedar mal! ¡Gracias Virgencita!... Cómo es la gente, todos los de allá de la ciudad son unos endinos, malagradecidos, ya viste lo que dice el hijo de don Agustín, que no es milagro, que en los periódicos ya'vía salido..."

"Hubo muertos por la Soledá... fueron los soldados quienes hicieron la matanza... el padre dice que nos quieren quitar a la Virgencita; si es así Ella los castigará... ¡Qué feo está el capitán de los soldados! Llegaron ayer en la tarde... todos venían muy ojerosos... muertos de sed se avalanzaron sobre el cántaro y no dejaron nada... Pobrecito Padrecito, andaba rete asustado... se apura por todos nosotros... vino a preguntarme si me habían amenazado y si estaba dispuesto a alzarle unas cajas grandes como de muerto: dice que son los milagros de la Virgen... Escárbele fuer-

te m'ijo, macizo y no me haga mucho ruido... el agujero debe quedar hondo pa'que no se note... ¡Qué pesadas están las cajas, y se oyen ruidos como de tubos de agua! Pónle unas matas encima pa'que no se note..."

La mano de Florencio se alargó hasta tropezar con la pegajosa pared, luego palpó el bulto donde reposaba su cabeza y supo que era la pierna de Felipe. El silencio era pesado, fino hasta oírse los latidos de aquellos hombres. Florencio, al incorporarse, oyó un grito de su carne, que le acordó el dolor; estaba sudando.

—Hijo... a ti no te han llevado p'allá adentro...! —escuchó su voz hueca y temblorosa.

—No, padre.

Muchos pies sonaban monorrítmicamente, acercándose a la celda; cada paso retumbaba invadiendo el silencio, hasta expulsarlo de aquellas paredes, se iban acercando; ahora sonaban virilmente.

—¡Esos de la Aguada! ¡El Padre y el hijo! ¡ámonos!

Florencio se levantó ayudado por Felipe; cada movimiento se reflejaba por su carne, corría por toda la superficie de su cuerpo y estallaba en un grito que se apagaba en los labios mordidos por los dientes. Los dos hombres se colocaron entre la escolta, y empezó su marcha. De nuevo surgió el compás de los pasos, ordenadamente. A un solo ritmo, el piso se estremecía, mientras, levemente, entre la retumbante marcha, se oía un suave arrastrar de cuatro pies.

La noche recogía el cansancio de los hombres. El cielo se había espesado, empujado por el viento y la lluvia. Esta caía y caía constantemente sobre la tierra.

El grupo atravesó la calle manchada

por los lunarés de agua, hasta subir a dos vehículos viejos y ruinosos. A Florencio le asaltó el miedo; su carne, hambrienta de paz y de descanso, se paralizó momentáneamente; anheló escaparse de ahí y quedar hecho un ovillo en un eterno silencio, rodeado de los callados pinos donde iba a cortar la leña.

Los motores zumbaron incansables de ruido, iniciando el camino helado de la muerte, mientras el agua caía, formando hilos de llanto en el parabrisas. Florencio no podía creer que fuera su último viaje; pero allá, muy adentro, salía un grito instintivo y zozobante, y él, que siempre confiaba en su instinto, se aferró a las oraciones.

—Oiga padre, nos van a tronar, ¡mejor dígales lo que enterramos! —dijo Felipe.

Florencio, más que oír, adivinó las palabras quedas y calmadas de su hijo.

—Si nos matan ¡qué sea como a los hombres!

"Virgencita, tú no puedes fallarme... Estoy diciendo la verdad. ¡Ah qué Padrecito! Si es mentira lo que usted dijo va a cargar su conciencia con los pecados de estos hombres por haberme atormentado, y con nuestras muertes. No, si, no, no puede ser..."

—Madre, ¡sálvame! Santa..."

—¡Bájense!

La línea horizontal del muro crecía con las sombras. El enorme cancel parecía hecho de gigantescas cuerdas que sonreían crueles ante los presos.

El grupo se adentró en el panteón, perdidos los rostros en la oscuridad. La hora era imprecisa para Florencio y su hijo. El tiempo se había desmoronado.

—Ya viene el milagro, hijo, la Virgencita no puede fallar.

—¿Cómo, padre?— Felipe sonrió amargamente.

—Algún rayo, o a la mejor el ángel grandote que tenía una lanza allá en la iglesia... "Sí, él va a llegar y los matará a todos estos, pa'dejarnos libres... ¡Pero aparécete pronto que ya mero llegamos..."

—¡Alto!, aquí junto a ese hoyo.

La lluvia incansable repetía su música sobre el ala de los sombreros. En la tierra se abría una boca estrecha, cuya profundidad probaba el oficial con su bayoneta.

—Está bueno de hondo.

"Virgencita, tú eres la única que sabes que dije la verdad, no le he mentado a nadie..."

—¡Párense junto al pozo!

—Se lo dije, padre.

"Ya mero. ¡Dime si es la última hora! dame una señal ¡cualquiera! pero pron..."

—¡Preparen!

Las dos figuras casi al unísono se acomodaron el cuerpo y el sombrero.

Rectos, asumieron una actitud de estatuas. El agua empezó a resbalar por sus caras, dura, dejando huellas sobre las mejillas, resbalándose hasta el pliegue de los labios, donde se fundían con la muda oración.

"Pronto, la señal, Virgencita, no puedo irme dudando..."

—¡Aaapunteeen!

Las rodillas de Florencio dejaron de temblar, ya nada podría moverlo, ¡nada!, acaso ni la muerte.

—¡Fueego...!

Rodó la vida; los cuerpos se mancharon de lodo mientras la tierra volvía a la tierra.

• Acaba de estrenarse en el "Le-wisohn Stadium", de Nueva York, bajo la dirección de M. Thomas Sherman, un concierto "para tap y orquesta". Es la primera vez que el chocar de las suelas contra el suelo según asegura el propio compositor "repite o desarrolla un tema rítmico enunciado por la orquesta". El bailarín fué Dany Daniels.

• *La buena calma de Se-Tcho uan*, de Bertold Brecht, acaba de representarse en el festival de Lyon.

• Con motivo del estreno, en París, de *Teatro* de Somerset Maugham —representada hace años, y hoy, en México— se entabló una polémica entre el traductor, Marc-Gilbert Sauvajon y la Sociedad de autores. Así se sabe que, en 1952, se estrenaron 33 obras extranjeras, en París; 37 en 1953 y que 25 han sido ya representadas en los seis primeros meses de este año.

• Roberto Rosellini ha filmado *Juana en la hoguera*, de Paul Claudel, tal y como la montó por vez primera en Nápoles.

• *La Vida Intelectual*, revista mensual editada en francés, por los dominicos, publica, este mes de agosto, un artículo titulado "Alerta al clericalismo" en el que pone

en guardia a los católicos franceses contra un cierto "confesionalismo" en la apreciación de los problemas políticos, principalmente los que se derivan de la llegada al poder de Mr. Mendès-France. Se declara partidaria de las experiencias del nuevo primer ministro y en contra de "viejos prejuicios y reflejos arcaicos".

• A la iniciativa y bajo la dirección de Mrs. Ellen Borden, Chicago cuenta desde ahora con un teatro al aire libre en el que sólo se representará a Shakespeare; *El sueño de una noche de verano*, *La Tempestad*, *Enrique V*, *Romeo y*

Julietta constituyen el repertorio de la primera temporada. Mrs. Ellen Borden es la antigua esposa de Mr. Adlai Stevenson.

• Tras varios y prolongados meses de inactividad David Lean y Carol Reed —los dos directores británicos de más fama— han empezado simultáneamente nuevas producciones. Sir Carol Reed filma una novela de Wolf Mankowitz *Un niño por diez centavos*; David Lean trabaja con Katherine Hepburn, en Venecia.

• El "Festival de París" reunió lo mejor del teatro de muy diver-

sas naciones: doce compañías dieron cincuenta representaciones, con tal éxito que sus organizadores y las autoridades parisinas piensan convertirlo en certámen anual. A la hora de las cuentas, la preferencia del público —por el importe de las entradas— se establece así: Italia, Israel, España, Polonia, Alemania Oriental, Alemania Occidental y Gran Bretaña.

• Samia Gamal, que, en los tiempos de Farouk, fué la bailarina preferida en el palacio real, ha regresado a El Cairo.

• Siete mil músicos de jazz se han reunido en Newport. Antes de la primera sesión el padre Norman O'Connor, uno de los organizadores, declaró que el jazz no podía convivir con la disciplina militar. Adujo, como prueba, el repudio de las dictaduras más famosas de nuestro tiempo hacia esa música. Se creará una escuela, un centro de documentación y una discoteca.

• Mientras Pierre Fresnay filma en Escandinavia una película de evadidos, Gina Lolobrigida acabó *La romana*, de Alberto Moravia, bajo la dirección de Luigi Zampa.

